



Cuatro claves para transformar el mundo

“La transformación del mundo la han hecho siempre los aventureros, no los turistas.” Por lo tanto, para transformar el mundo y hacer de él, personal y profesionalmente, aquello que cualquier líder se propone es aconsejable apostar seriamente por ser aventureros y contar, por supuesto, con elementos como la pasión por el trabajo, la ilusión por los proyectos, el equilibrio personal, y desde luego, mucha suerte.

JAVIER FERNÁNDEZ AGUADO, Socio Director de MindValue

Muchas veces se discute sobre la dureza de la realidad presente y se lanzan teorías –que habitualmente afectan a terceros– de lo que debería hacerse para arreglar esto o aquello en la organización en la que trabajamos. Considero que la transformación de las organizaciones debe empezar siempre por la de cada uno.

Articulo estas reflexiones en torno a cuatro claves que considero fundamentales para poder tener una vida plena. Considero, de entrada, que el gran reto de una existencia es poder asegurar que el mundo es un poco mejor cuando lo dejemos que

cuando llegamos a él. Y de forma más concreta, que en aquellos lugares por los que hemos pasado, el ambiente –al salir de allí cada uno de nosotros– era más grato que cuando entramos en aquellos lares.

Llegar a ser el más rico del cementerio es un reto tan imposible como habitualmente estéril. Triunfar en lo económico es relevante, sin duda, pero podría implicar un fracaso si esa cumbre es alcanzada a costa de habernos dejado la dignidad por el camino. O, lo que sería igual, haber dañado a las personas con las que coincidimos en las trochas de nuestra existencia.

Hoy en día la Inteligencia Emocional está de moda. Como algunos lectores conocen, he desarrollado un modelo denominado *Feelings Management* dedicado a analizar el estado anímico de las organizaciones, con herramientas concretas para trasladarlo –si fuese el caso– desde la sima hasta la cima. Me gusta insistir –junto a ella– en la inteligencia intrapersonal.

Es fundamental, en un mundo globalizado como el nuestro, hablar idiomas, es imprescindible conocer técnicas de Contabilidad, control de Gestión, Marketing, Producción, Dirección comercial, etc. Todo eso, como el valor en los toreros, ha de presuponerse. Sin embargo, esos conocimientos no sería suficientes ni el resultado, por tanto,

FICHA TÉCNICA

Autor: FERNÁNDEZ AGUADO, Javier.

Título: Cuatro claves para transformar el mundo.

Fuente: Capital Humano, nº 211, pág. 84, Junio, 2007.

Resumen: Para transformar el mundo, la empresa, o la vida personal, hace falta sobre todo, tener ganas de hacerlo. Porque para el autor, además de los conocimientos técnicos, los idiomas, la experiencia y demás aptitudes que se presuponen, los verdaderos protagonistas del cambio en las organizaciones y en la sociedad, deben contar con ciertas competencias indispensables y una gran dosis de esfuerzo. Pasión, trabajo, ilusión, compromiso y conciliación son elementos imprescindibles en la puesta en marcha de nuevos sistemas y proyectos que permitan una transformación integral de las compañías y del mundo en el que éstas operan.

Descriptores: Transformación / Trabajo / Emprendedor / Conciliación.



satisfactorio, si no se desarrollase de forma adecuada la capacidad de “llevarse bien consigo mismos”. El desafío más importante de una existencia no es llegar muy lejos, sino llegar a dónde deberíamos haber llegado.

Quien hiciese muchas cosas, e incluso obtuviese múltiples resultados, si careciese de una perspectiva holística, de un sentido global para su existencia, podría recibir como epítafio uno de los más crueles. A saber: Fulanitó ‘duró’. Quien no logre llegar donde estaba convocado, en realidad no ha llegado a existir, se ha limitado –repito– a ‘durar’. Es relevante no olvidarlo cuando los avatares del trabajo nos llevan de un lugar a otro del globo o cuando permanecemos en el mismo despacho de la misma organización durante años. La primera de las coordenadas en la que deseo centrarme es el trabajo.

PASIÓN POR EL TRABAJO

Véncete a ti mismo y habrás vencido el mundo, proclamó con ímpetu uno de los dos grandes pensadores que dio al mundo el siglo IV. El más importante general francés del frente Occidental, durante la Primera

Guerra Mundial, proclamó en una difícil situación durante la batalla del Marne:

– El ala izquierda ha sido superada por los alemanes; la derecha se encuentra en franca retirada; el sector central está hundiéndose. ¡Ha llegado el momento de pasar al ataque!

Me gusta repetir que el problema de muchos países en la actualidad, y de determinadas organizaciones también, no es de pobreza de medios, sino de miseria de voluntades. El trabajo es el instrumento con el que contamos para modificar aquellos aspectos de la realidad que están a nuestro alcance y que nos gustaría fuesen de otra forma.

Con voluntades fuertes, recias, decididas, se transforma el mundo. A lo largo de la historia, los grandes líderes no han contado desde el inicio con grandes masas enervorizadas que les aupasen, sino con personas decididas, dispuestas a arrostrar penalidades por ver hecho vida un proyecto. Personajes tan dispares con Hugo de Payns (fundador de los templarios); Bernardo de Claraval (el prohombre del siglo XII y renovador del Cister); Felipe Neri, creador

de los oratorianos; Ignacio de Loyola, Lenin o Jack Welch han tenido una característica común: la decisión de lograr un objetivo costase lo que costase.

Felipe Neri, por poner un ejemplo, aseguraba que le bastaban cincuenta hombres decididos para transformar el mundo; a Hugo de Payns le bastaron nueve, y a Bernardo de Claraval, treinta. Doce fueron los iniciales seguidores de Ignacio de Loyola, y apenas veintiséis los de Lenin.

No deseo, obviamente, comparar unos y otros proyectos. Cada uno tuvo sus peculiaridades. Todos ellos confluyeron en un aspecto: modificaron para bien o para mal la vida de cientos de miles de personas. Fueron grandes emprendedores. Sin trabajo, hubieran quedado en meros iluminados.

Nunca deberíamos quejarnos del mal entorno económico o de las dificultades del mercado. Cuando esas coordenadas lleguen nos tienen que encontrar con los músculos bien entrenados. Como le gustaba repetir a uno de nuestros pintores más afamados del pasado siglo: siempre he considerado esencial que la inspiración me encontrase trabajando.

El trabajo no ha de ser un ídolo, pero tampoco un mal menor. El ocio es imprescindible, pero sólo para quienes hayan agotado sus energías en proyectos capaces de modificar entornos más o menos globales. El extraordinario canto a la pereza realizado por Goncharov en su inolvidable obra "Oblómov" debería ser de obligatoria lectura. El protagonista de la novela es la personificación del "hombre superfluo", tópico repetido en la literatura rusa del XIX. Oblómov es incapaz de emprender nada valioso con su vida. A lo largo de la novela permanece hundido en un diván procurando soslayar las obligaciones que le reclaman. En la página 150 decide salir de la cama, pero es sólo para seguir apoltronado sobre un sillón. Toda su energía se le va en proclamas de acciones que nunca llega a consumir.

Desde su comodidad somnolienta, Oblómov tiene, en mi opinión, mucho que ver –los

extremos habitualmente se tocan– con tantos revolucionarios como ha visto pasar el siglo XIX y XX: personajes que han pretendido cambiarlo todo, menos a sí mismos.

La transformación del mundo debe necesariamente transitar previamente por reformas personales. Únicamente quien desarrolla una inteligencia intrapersonal, y se esfuerza por desarrollarla, logra potenciar una inteligencia interpersonal que atrae a personas valiosas para el lanzamiento y consolidación de proyectos valiosos y sostenibles. La palabrería del quizá, del tal vez, del se podría... es propia de cobardes y gandules.

Hemos de reivindicar la lógica del esfuerzo frente a la del resultado fácil, el cortoplacismo o el enriquecimiento sin bríos. Cuando escucho hablar de propuestas del tipo 'aprenda chino en quince días sin esfuerzo', no puedo por menos que sonreírme. Nada sólido se ha realizado en el mundo sin voluntades fuertes, dispuestas a arrostrar dificultades, a mantenerse durante horas –¡muchas horas!– en el puesto de trabajo, contra viento y marea. Quien se cansa demasiado pronto, difícilmente logra frutos duraderos en beneficio de los suyos y de la sociedad en su conjunto. Pero el trabajo no es suficiente. En cualquier proyecto, ante el surgir de los obstáculos es imprescindible alimentar la ilusión.

ILUSIÓN CONTRA VIENTO Y MAREA

Hace poco tiempo hemos visto en los Medios de Comunicación un anuncio que rezaba:

– *No me llames iluso, porque tengo una ilusión.*

El hombre, como ser proyectivo que es, vive más en el futuro que en presente. Dicho de otro modo: nuestro presente viene determinado en gran medida por las aspiraciones que incubamos en nuestra cabeza y en nuestro corazón.

Uno de los peores sistemas de *mobbing* que puede aplicarse a una persona, o a una organización, es parecida a la crueldad narrada por Mikel Ende en "Momo". En aquella obra, robaban el tiempo. Peor aun que eso es robar el futuro, despojar de ilusiones.

Hace años, en el siglo XV y XVI, cuando se le preguntaba a un muchacho qué quería ser

El problema de muchos países en la actualidad, al igual que en determinadas organizaciones, no es de pobreza de medios, sino de miseria de las voluntades

de mayor, respondía que conquistador. América era un proyecto colectivo, no exento de locura. ¡Pero es que de locuras está hecha también la vida del hombre!

Hoy en día, ante la misma pregunta sobre las aspiraciones que mueven a los más jóvenes la respuesta puede llegar a ser:

– ¡Prejubilado!

De igual modo que hemos de reivindicar la cultura del trabajo, hay que hacerlo también con la de la ilusión. ¡Ay del pueblo que no aliente en sus entrañas 'locuras colectivas' en beneficio de interés globales pero también personales!

En los proyectos no cabe el desánimo. Hay que remar también cuando el viento sople en contra. Quien se deja atezar por el desaliento enturbia toda la organización. La posesía sigue moviendo el mundo. La ilusión por desarrollar iniciativas que beneficien a otras muchas personas es imprescindible.

Forma parte de nuestro modo de ser en el mundo la necesidad de sueños inalcanzables

El trabajo es el instrumento con el que contamos para modificar aquellos aspectos de la realidad que están a nuestro alcance y que nos gustaría fuesen de otra manera

en parte, y en alguna medida realizables. Escribió Unamuno que para los niños vivir es soñar. Erasmo, más crudo, aseguraba que vivir es preocuparse. Me gusta proponer que vivir es soñar en cómo resolver las preocupaciones de los demás.

EN BUSCA DEL EQUILIBRIO

El trabajo y la ilusión han de ser –como todo en esta vida– equilibrados. Tan erróneo sería el recién citado modelo de Oblómov como el de esos profesionales calificados en Estados Unidos como *Workaholics*.

Bien señaló Aristóteles, *coach* de Alejandro Magno, que el secreto de la felicidad es encontrar el equilibrio entre los diversos extremos que pueden alejarnos de esa meta a la que toda persona aspira.

No existen reglas universales que todo lo resuelvan, el bálsamo de Fierabrás no ha sido descubierto. Cada uno, según su trabajo, su edad, sus necesidades económicas y familiares, etc. debe ir esforzándose por localizar ese punto de equilibrio entre su vida profesional y familiar. Pueden –y quizá deben– regularse algunos aspectos como los referidos al horario laboral o a las horas extras. Sin embargo, la mera legislación no resuelve un problema que es mucho más profundo. En el fondo, cada persona ha de encontrar –como me gusta señalar– su lugar en el ciclo de la vida. Y esa posición no es sencilla de marcar, porque ni siquiera para cada persona es idéntica a lo largo de toda su vida.

En ocasiones, acudir a un *coach* personal puede ser el medio adecuado en esa búsqueda apasionada que todos hemos de mantener ininterrumpidamente para vivir y no –como decía antes– durar. No vaya a sucedernos que nuestra vida fue algo que sucedió mientras estábamos ocupados en muchas otras cosas.

TRABAJARSE LA SUERTE

Existe un cuarto y último factor al que deseaba referirme. Se trata de lo que comúnmente se denomina como suerte. En muchas ocasiones, lo calificado como buena fortuna no es sino fruto del esfuerzo. Como señalaba con cierta ironía Gregorio Marañón:

– No se qué sucede últimamente, que cuanto más trabajo, más suerte tengo.

La mayor suerte a la que podemos aspirar no es al éxito económico, ni la visibilidad en el mercado. Mi trabajo me permite estar en contacto con cientos de altos directivos en diversos países: la felicidad duradera procede, mucho más que de fabulosos resultados en la cuenta de explotación, de *tener alguien que te espere, y alguien a quien esperar.*

No se trata –una vez más– de señalar dicotomías donde deben formularse estrategias de armonía. Los fanatismos, las posturas radicales pueden ser muchas veces señal de juventud, pero también de ignorancia. Quien no se esfuerce por equilibrar ambas vidas difícilmente podrá señalar al final de su existencia que ha tenido una vida lograda.

Algo más. Con frecuencia, quien alcanzó posiciones de relumbrón social o economi-

co sin pasar por el aula de las pruebas, las contradicciones y el trabajo constante, suele padecer ‘mareos’ de personalidad. Recientemente los he visto en dos directores generales de los que lo menos que puede decirse es que han tenido la mala fortuna de tener suerte. Me explico: el haber sido ascendidos demasiado jóvenes a puestos de alta responsabilidad, sin contar con la experiencia suficiente, ha sido para ellos mucho más un daño que una fortuna.

Cada cosa –y pienso ahora en estructuras como las propias de la Empresa Familiar– debe llegar en su momento. ¡No es bueno adelantar los tiempos innecesariamente, pues puede dañarse mucho más que ayudar a quienes se deseaba acelerar en su carrera profesional!

CONCLUSIONES

Aconsejo ser mucho más aventureros que turistas. Turistas es en buena medida quien va a visitar lo que había preparado con anterioridad. Recuerdo, a modo de ejemplo, que en los años que residí en Italia coincidí con una persona que adquirió una guía de Roma, y no paró hasta poner una muesca en las fotografías de todos los monumentos que allí aparecían, tras haberlos visitado. Sin embargo, aquella persona nunca conoció, por ejemplo, los enclaves maravillosos del Trastevere que no figuran en ninguna guía comercial.

Aventurero es quien está dispuesto a arrosar riesgos en pos de proyectos no intentados, de senderos no hollados. La transformación del mundo la han hecho siempre los aventureros, no los turistas. Desde el punto de vista profesional, es aconsejable apostar seriamente por ser aventureros. Si se cuentan con las actitudes y aptitudes suficientes, pueden descubrirse nuevos senderos, abrirse veredas, ser locomotora no vagones de vías ya recorridas. En muchas ocasiones, la felicidad procederá de esos descubrimientos realizados. Muchos excesivamente cuerdos desanimarán a los audaces. Yo, por el contrario, procuro impulsar al esfuerzo sacrificado por abrir rutas originales, por diseñar nuevos modos de negocio, por plantearse que es posible que el micromundo en el que vivimos no caiga en rutinas paralizantes, sino que sea ejemplo de creación de posibilidad de vidas felices. ▲